

LOS INTELLECTUALES Y LA POLÍTICA

Rosendo Bolívar Meza

Resumen

Por lo general, los intelectuales buscan asumir una actitud política, es decir, actuar políticamente. Pueden ser un factor político de cambio o de legitimación. Son ellos los que generan las ideas y los conocimientos que orientan y dan sentido a la praxis política.

Históricamente han desempeñado un papel de enorme importancia en la evolución de las sociedades.

Abstract

Intellectuals, generally speaking, try to undertake political attitudes and follow political ways. They could be a political factor for change or for legitimation.

They are generators of ideas and knowledge that become the guiding principles and give meaning to political praxis.

Historically, intellectuals have performed an outstanding role in the evolution of societies.

Un intelectual sin crítica
No es un intelectual
Friederich Katz

Introducción

Para comprender mejor la finalidad de este artículo, es necesario plantear las diferencias y semejanzas entre el científico y el intelectual, para después asociar al intelectual con la política.

El científico es el hombre de ciencia que persigue la verdad a través de distintos métodos y teorías; para ello se vale de la investigación con el propósito de generar conocimiento nuevo que tienda a la objetividad, la universalidad y que sea demostrable. Por su parte, el intelectual es el hombre de ideas que también procura la verdad y la objetividad, aunque no siempre sea el generador de dichas ideas, y éstas no siempre tienen valor universal, aunque busquen la objetividad. En este sentido, el intelectual puro no necesariamente hace investigación, aunque no por ello deja de analizar y desarrollar sus propias ideas. Más en concreto, y entrando en materia, podemos ver entonces que el intelectual/político aprovecha los conocimientos existentes —y puede generar otros—, y los aplica a la política.

Una de las principales actividades de los intelectuales es la de convertirse en consejeros de los políticos y gobernantes. En este caso, el intelectual tiende a perder su autonomía moral y su racionalidad independiente.

Mientras que para el político el poder es un fin en sí mismo —es la herencia autoritaria de Platón y Maquiavelo—, para el intelectual el poder es un medio para poner en práctica el cambio y las nuevas ideas. Quien quiere llegar al poder propone transformaciones políticas, pero cuando ejerce ya no las quiere.

El gobernante es un guardián de realidades, que no pocas veces son de ventajas, intereses y beneficios; el intelectual es, o debería ser, un creador de mundos alternativos. De ahí la función crítica esencial a su misión que no siempre se ejerce ya sea por temor, por comodidad, o por ingenuidad esperanzada que en el presente los sueños no son posibles, pero que el futuro llegará y será la tierra prometida.

A lo largo de la historia muchos intelectuales han tenido gran fascinación por el poder, a ellos los denominamos como intelectuales-

políticos. Algunas veces lo han ejercido, pero otras veces lo han apoyado como apologistas. Algunos han cumplido la función de creación de conciencia o de justificación ideológica, ya sea de un grupo en ascenso o del orden establecido.

Las funciones que han cumplido tradicionalmente los intelectuales/políticos son:

1. Creación de conciencia, ya sea al servicio de la clase ascendente o bien a favor del grupo dominante.

2. Justificación del orden legal establecido, siendo ésta una función típicamente jurídica.

3. Dar continuidad ideológica, corresponde a los “revolucionarios institucionalizados”. Son aquellos intelectuales que han servido a una clase ascendente que ya ha llegado al poder político.

4. La función de ocultamiento, realizada por intelectuales otrora revolucionarios, que optan en ciertas situaciones históricas por la función intelectualizadora opuesta, es decir, frenar la exaltación de la ideología revolucionaria para garantizar el *statu quo* establecido.¹

La relación entre los intelectuales y los hombres del poder es muy interesante. A lo largo de la historia, distintos pensadores políticos y filósofos han considerado que los hombres sabios, los hombres de ideas, deben acumular mayor poder.

Con frecuencia, los intelectuales han estado ligados al poder, ya sea como ideólogos de los grupos de poder o como actores de los movimientos revolucionarios. Todo cambio revolucionario implica la participación de obreros y campesinos, pero organizados y estimulados por los intelectuales. El poder de los intelectuales se expresa en su capacidad de generar ideas que influyan en la toma de decisiones, tanto para modificar como para justificar el aparato estatal.

¹ Juan F. Marsal, Introducción a Juan F. Marsal *et al.*, *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, cuarta edición, 1971, pp. 14-15.

I. Relación entre los intelectuales y el poder

En general hay dos tipos de relaciones entre los intelectuales y los hombres de poder: directa e indirecta. Las relaciones directas implican algún tipo de contacto personal y un intento por comunicar una idea, un punto de vista o una política a un hombre o grupo del poder. Las relaciones indirectas implican escribir, hablar, manifestar ideas a otros intelectuales o al público, a través de los medios de comunicación con la intención de que influyan en las personas poderosas.²

Todo intelectual busca la verdad, la razón y el conocimiento; quiere que los hechos sociales —enajenados e irracionales— se transformen y la sociedad sea mucho más racional y humana. Sin embargo, necesitan del poder para hacer realidad sus utopías.

Por lo menos desde el siglo XVIII, los intelectuales siempre han participado en la política. Ya en el siglo XX —por ejemplo, en los movimientos socialistas—, el intelectual aparece en el escenario político como jefe de las revoluciones, como lo podemos constatar con Lenin.

Es precisamente a partir de la década de los años sesenta del siglo XX —en concreto desde los movimientos estudiantiles de 1968 en varios países del mundo—, en que los intelectuales han participado decididamente en los movimientos políticos de sus países. Esto ha sido cierto en las naciones capitalistas desarrolladas, en los países socialistas e incluso también en los países del llamado Tercer Mundo, y no sólo en lo que se refiere a los movimientos estudiantiles, pero sí de manera sobresaliente en ellos.

Las acciones estudiantiles —en Francia, Italia, Alemania Occidental, Estados Unidos, Polonia, Yugoslavia, Brasil y México, entre otros— en los años 1968 y 1970, y durante los años setenta en Tailandia, Turquía e Irán, dispararon movimientos obreros masivos en algunos países, iniciados para derrocar gobiernos o producir una fuerte reacción de éstos, inclu-

² Charles Hadushin, “¿Quiénes son los intelectuales norteamericanos de élites?”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 85, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, julio-septiembre de 1976, p. 147.

yendo la represión. Otros grupos más pequeños de intelectuales han desempeñado papeles importantes y hasta dramáticos en Checoslovaquia y Polonia, en la resistencia a los regímenes militares de Brasil y Grecia, y al estado de emergencia que instauró Indira Gandhi en la India.

Este importante papel de los intelectuales se deriva, en buena medida, de sus cada vez mayores recursos. Están articulados y poseen acceso a los medios de comunicación tanto de su país como del extranjero. Poseen sus propias redes de comunicación. A lo largo de las escuelas y universidades han construido instituciones que les permiten reunirse y actuar conjuntamente. Su alto nivel de comprensión de la realidad y de los fenómenos sociales les permite actuar políticamente y hacerlo fuera de las estructuras del poder cuando nadie más puede.³

El intelectual debe estar ligado a la política como un crítico y luchar contra el conformismo y la simulación. El intelectual tiene los instrumentos y las armas necesarias para luchar: la razón sistematizada y el conocimiento, la inteligencia y el saber acumulado. Por contar con estas características, el intelectual se hace más sensible a los fenómenos más graves de la sociedad contemporánea: se da cuenta de cuál es la estructura social en que vive y a partir de esta toma de conciencia los intelectuales se definen frente al poder.

El intelectual debe criticar como intelectual político, ya que debe hacer formulaciones y recapitulaciones lo más claras posibles sobre la realidad política. Por eso, el intelectual debe relacionarse con la política y con la toma de decisiones.⁴

Quizás uno de los mejores señalamientos sobre la relación entre el intelectual y la política, es la que nos presenta Umberto Cerroni,⁵ razón por la cual la presentamos textualmente:

³ Eric J. Hosbawn, "Los intelectuales y la izquierda", *Nexos*, núm. 71, México, noviembre de 1983, p. 6.

⁴ Gabriel Careaga, *Los intelectuales y la política en México*, México, Editorial Contemporáneos, 1974, pp. 12-13 y 21-23.

⁵ Umberto Cerroni, "Los intelectuales, el Estado y esas cosas", *Nexos*, núm. 53, México, mayo de 1982, p. 3. Gaetano Mosca, en el momento en que exaltaba la función práctica de la ciencia política, también auspiciaba una mayor intervención de la clase culta

La relación entre el intelectual y la política es doble: entre los intelectuales y la política primero, y luego entre la política y la vida intelectual. En lo primero, los intelectuales no pueden ignorar la importancia que tienen las relaciones sociales en la producción de las ideas y, por lo tanto, es preciso abandonar la tradicional concepción del intelectual como “el sabio”, el separado, “el rabino o sacerdote laico” que se siente más allá de la masa, habitante de una torre de marfil. Pero si ponemos atención en el segundo aspecto, es decir, en la relación entre la política con la vida intelectual, hay que agregar que la política no debe seguirse pensando como cuestión separada de la cultura y de la ciencia. El intelectual tradicional debe sentirse involucrado en la lucha civil y política, y el político debe sentirse involucrado en el desarrollo cultural y científico y no creerse el principio del fin de la cultura y de la ciencia, sólo porque tiene en sus manos la posibilidad de maniobrar la palanca del poder. La ciencia debe tomar en cuenta las relaciones políticas, la producción intelectual no puede seguir ignorando un mundo cuyas ramificaciones llegan a los ambientes y a los problemas intelectuales más refinados y en apariencia más lejanos; pero el político tampoco puede seguir eludiendo la necesidad de dirigir seria y responsablemente una política tan compleja como la moderna, sin profundizar en el conocimiento científico del mundo en el cual quiere operar. En lo sucesivo tendrá que darse tiempo para estudiar, discutir o al menos escuchar de manera seria, continua, permanente y no instrumental, las indicaciones de la ciencia.

La sabiduría puede dar poder, pero aún así los intelectuales raras veces han sido hombres de poder. La incursión de los intelectuales en la política ha terminado no con muy buenos resultados.

Aunque a los intelectuales les ha fascinado el poder, en su mayor parte se apartaron de la tentación de conquistarlo para ellos mismos, pero con frecuencia han tratado de ejercer influencia sobre los hombres en el poder, de hacerlos instrumentos en sus designios. Han sido con regula-

—nosotros diríamos los intelectuales— en la vida política activa. Una política más científica presuponía una clase política culturalmente más preparada. Gaetano Mosca, *La clase política*, México, FCE, 1984, p. 15.

ridad consejeros de los poderosos, esperando hacerlos defender sus causas.

Hay varias modalidades que caracterizan las relaciones entre los hombres del poder y los hombres de ideas. Los intelectuales pueden ser poderosos, pueden intentar dirigir y aconsejar a los hombres del poder, pueden servir para legitimarlos y proveerlos de justificaciones ideológicas, o pueden ser críticos del poder.⁶

Según Mills, la calidad de la política depende muchísimo de las cualidades intelectuales de quienes la practican,⁷ por tal motivo es necesario definir la política.

De acuerdo con Max Weber —uno de los principales estudiosos en la materia—, la política es la aspiración a tomar parte en el poder o a influir en la distribución del mismo. Quienquiera que haga política anhela llegar al poder; al poder como medio para el logro de otras miras.⁸

La política estriba en una prolongada y ardua lucha contra tenaces resistencias para vencer, para lo que se requiere, simultáneamente, de pasión y mesura. Es del todo cierto, y así lo demuestra la historia, que en este mundo no se arriba jamás a lo posible si no se intenta repetidamente lo imposible; pero para realizar esta tarea no sólo es indispensable ser un caudillo, sino también un héroe en el sentido estricto del término. Incluso todos aquellos que no son héroes ni caudillos han de armarse desde ahora, de la fuerza de voluntad que les permita soportar la destrucción de todas las esperanzas, si no quieren mostrarse incapaces de realizar inclusive todo lo que aún es posible. Únicamente quien está seguro de no doblegarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado necio o demasiado abyecto para aquello que él está ofreciéndole; únicamente quien, ante todas estas adversidades, es capaz de oponer un “sin embargo”; únicamente un hombre constituido de esta suerte podrá demostrar su “vocación para la política”.⁹

⁶ Lewis A. Coser, *Hombres de ideas*, México, FCE, 1973, pp. 145-146.

⁷ Wright C. Mills, *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1983, p. 191.

⁸ Max Weber, *El político y el científico*, cuarta edición, México, Editorial Premia, 1984, p. 8.

⁹ *Ibidem*, p. 60.

Siguiendo con Max Weber, la política se lleva con la cabeza y no con otras partes del cuerpo o del espíritu. Sin embargo, la entrega absoluta a una causa sólo puede tener su origen en la pasión y nutrirse de ella. Para ello, el político debe vencer la vanidad, que se puede convertir en su principal enemiga. Los dos pecados capitales de un político son la carencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad.

Hay dos formas para hacer de la política una profesión: vivir “para” la política o “de” la política. La diferencia reside en que el individuo que vive “de” la política se coloca en una situación mucho más burda, en el ámbito económico. El que vive “de” la política como profesión, pretende valerse de ella para convertirla en fuente permanente de ingresos. Quien vive “para” la política cuenta con una situación económica independiente de aquellos ingresos que puede percibir “de” la política.

Los que —dada su situación patrimonial— tienen que vivir “de” la política, cuentan con la alternativa de convertirse en periodistas o funcionarios de un partido, que son dos características o caminos directos; o bien, la opción de conseguir un puesto adecuado, ya sea en la administración o en las entidades que propician intereses, como sindicatos, cámaras de comercio, etcétera.

El periodismo es una de las vías más importantes para la actividad política como profesión. Este camino no es accesible para toda la gente, mucho menos para la de carácter débil, sino sólo para aquellos que logran su equilibrio interno.¹⁰

El deber de un político es distinto al de un científico. El del primero, en la práctica, puede ser tanto la conciliación entre la pugna de pareceres, como el hecho de tomar partido por uno de ellos. El del segundo es la objetividad.

Una de las características positivas de un político es el carisma, la entrega y la confianza personal al líder o caudillo. Todo líder carismático está predestinado a ser guía de los hombres, en quienes la obediencia no se debe precisamente a la costumbre o norma legal establecida, sino en la fe puesta en él. Es su persona y son sus cualidades intrínsecas las que

¹⁰ *Ibidem*, pp. 14-15, 28 y 45-47.

atraen al conjunto de discípulos, al séquito o al partido. Otras de las cualidades que debe tener el político son la pasión, el sentido de responsabilidad y la mesura.

Por lo general, los políticos suelen rechazar investigaciones sólidas sobre ciencias sociales, por suponer que su experiencia de primera mano le ha dado un conocimiento más exacto de la situación, que el que posiblemente pueda obtener el intelectual.¹¹

La tarea de todo intelectual es agitar ideas, resaltar problemas, elaborar programas o teorías generales; la tarea del político es tomar decisiones. Toda decisión implica una selección entre diversas alternativas. La misión del intelectual es persuadir o decidir, animar o desanimar, expresar juicios, dar consejos, hacer propuestas, inducir a las personas a las que se dirige a formarse una opinión sobre las cosas. El político tiene la labor de tomar decisiones y realizar acciones de todas estas opciones.

Sin embargo, los intelectuales con regularidad han ostentado su superioridad sobre los políticos porque los consideran hombres dedicados a una actividad meramente práctica. De ahí que el hombre político sólo a los intelectuales les deba hablar con la verdad, preguntarles de cualquier cosa y oír su opinión para después tomar decisiones.

Dicho en otros términos, los intelectuales ejercen su influencia sobre los políticos al elaborar propuestas que pueden o no ser acogidas, pero que de cualquier manera consideran útiles para mejorar las relaciones políticas. Proporcionan informaciones históricas, económicas y técnicas a los políticos para favorecer sus deliberaciones.¹²

Suele presentarse con cierta frecuencia la politización del intelectual, la cual se acentúa porque la política ofrece oportunidades para la realización personal. En una sociedad donde el *status* está determinado por la posibilidad de acumular poder, ya sea económico o político, es muy común

¹¹ Max Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, México, Editorial Premia, segunda edición, 1981, p. 14. Max Weber, *El político y el científico...*, *op. cit.*, pp. 9-10 y 46. Robert K. Merton, *Teoría y estructuras sociales*, México, FCE, segunda edición, 1980, p. 304.

¹² Norberto Bobbio, *El filósofo y la política*, México, FCE, 1996, pp. 464-465, 472 y 481.

ver que los intelectuales dejen el camino de la generación de conocimiento para incursionar en el terreno de la política.

Como lo señalan Edward Shils y Edward W. Said,¹³ el intelectual tiende a ser absorbido por el mundo político en parte porque, al contrario de la academia o el laboratorio, ese mundo está animado por consideraciones de poder e interés, que de manera clara y evidente mueven a toda una sociedad o nación, y que atraen al intelectual al hacerlo pasar de las cuestiones meramente interpretativas, a meterlo en otras mucho más significativas de cambio y transformación social.

Todos y cada uno de los intelectuales aspiran a que sus ideologías o puntos de vista se plasmen en hechos concretos en una sociedad, y la política puede ser el camino más viable para que los intelectuales puedan actuar con alguna esperanza de ver satisfechas sus aspiraciones.

II. El intelectual sometido al poder

A los intelectuales se les puede distinguir y diferenciar si se toma en consideración su relación con el poder. Política es poder y el intelectual debe permanecer siempre como un crítico de cualquier forma de poder. En este sentido, la política cotidiana debe ser dejada a los políticos.

Hoy en día es muy común ver que una parte considerable de los intelectuales de Occidente han dejado de interesarse en convertir sus ideas en palancas sociales para la transformación radical de la sociedad. Han dejado de sentir interés en transformar la realidad, ya que desempeñan un papel cada vez más destacado en el funcionamiento del Estado.¹⁴

Con base en lo anterior, el intelectual sometido al poder considera

¹³ Edward Shils, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, México, DIMELISA, 1976, pp. 99-101. Edward W. Said, *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 114-115.

¹⁴ Noam Chomsky et al., *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos*, España, Editorial Ariel, tercera edición, 1974, p. 61.

que su función política es ofrecer sus servicios profesionales convirtiéndose en un adepto de una determinada ideología o de un determinado partido. Este modelo de intelectual concibe la preminencia de la política por sobre la cultura. Es un intelectual complaciente con el poder, que considera que su compromiso es con un grupo, un movimiento o un partido en el cual cree firmemente, y no en la búsqueda de la verdad. Tiene una visión totalizadora de la política al concebirla como la actividad humana por excelencia, como la actividad suprema y última y en la cual no hay nada fuera de ella.

Los intelectuales que actúan con esta concepción de la política pueden ser considerados más como hombres de acción que como hombres de letras, ya que conciben que la función del intelectual es ponerse al servicio del poder y guiarlo. Esta concepción de la política, que caracteriza a los intelectuales sometidos al poder, influye sobre la concepción que ellos mismos tienen de la cultura, a la cual perciben como un producto del Estado y, por lo tanto, se le niega cualquier posibilidad de autonomía. Si como veíamos anteriormente, conciben que la política es todo, también la cultura debe servir a la política.¹⁵

De generación en generación, con una frecuencia que podríamos caracterizar como cíclica, se produce la incorporación del intelectual al Estado. Es así como comúnmente se puede observar al joven que a los veinte años comienza a darse a conocer con un discurso crítico de tintes radicales instalado, después de los cuarenta, en un confortable puesto burocrático, desempeñando las mismas funciones, realizando los mismos actos que él mismo criticó en sus años mozos. Esta actitud parece ser la que predomina entre los intelectuales modernos, como lo prueba la casi total ausencia de intelectuales críticos e independientes.

Si en sus comienzos pudo haber en el intelectual una indignación sincera frente a la pobreza, la corrupción y la injusticia reinantes, en él domina la creencia de que para superar esta situación, para el cambio deseado, sólo puede mediar la existencia de un Estado fuerte y autori-

¹⁵ Laura Baca Olamendi, *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México, Editorial Océano, 1998, pp. 88-90.

tario. Esta creencia lo induce fácilmente a integrarse a éste como una posibilidad para actuar y ser “útil y eficaz”; sin embargo, ya dentro del poder su actitud se transforma y empieza a adoptar posturas conformistas y oportunistas, autoritarias hacia los de abajo y sumisas frente a los de arriba, desarrolla el sentido de solidaridad burocrática como detentadores y monopolizadores de la razón y de la autoridad que emana de la razón, lo que no impide que en ciertos casos siga usando un discurso aparentemente crítico.

El Estado moderno, como todo tipo de Estado, pretende el control de la sociedad. Bajo esta imagen protectora decide, dispone de la sociedad y de sus recursos, impone su poder sobre la sociedad a la que manipula, quiere tenerla aplastada, sumisa y dependiente, para lo cual necesita reducir los conflictos que emanan de ella, asimilarlos hasta volverlos inofensivos. La educación, la ideología y los medios de comunicación son los instrumentos, entre otros, de los que se sirve el Estado para que las relaciones de dominio que instituye sobre la sociedad se interioricen y sean aceptados como algo dado por sí, algo evidente e indiscutible. En esta tarea, la labor del intelectual es esencial, ya que proporciona los instrumentos ideológicos que no sólo lo legitiman y le dan consenso, sino que ocultan su naturaleza profunda: la violencia. El Estado necesita, pues, del saber, pero de un saber institucionalizado que no mine las bases de su hegemonía, que le sirva tanto de saber operatorio, técnico, planificador o como expresión cultural y artística, mismas que confieren una apariencia respetable, civilista y culta. Institucionalizado, el saber se vuelve dependiente y, en consecuencia, controlado por las instancias burocráticas. El saber que pone en circulación el Estado se vuelve una mezcla de conocimiento e ideología, de representaciones, mistificaciones que políticamente le son útiles, lo consolidan y le dan cohesión.

En la sociedad capitalista moderna, el Estado ha desarrollado diversos mecanismos para la cooptación de los intelectuales. Incluso a los disidentes radicales pueden ser integrados. Los intelectuales a los que se integra de este modo requieren algunas concesiones, que son las que los regímenes democrático-burgueses proporcionan normalmente a sus ciudadanos, como son la libertad de hablar, escribir, leer, viajar, comprome-

terse en actividades políticas y de grupo de presión, o simplemente quejarse en público. La defensa de estos derechos es lo que une a los intelectuales a todo lo largo y ancho del mundo y por encima de cualquier sistema social.¹⁶

El Estado prefiere tener al intelectual incorporado, burocratizado, otorgarle puestos directivos, honores y premios, a tenerlo como opositor, como crítico independiente. Para los hombres del poder, el pensamiento crítico es más peligroso que la crítica violenta a la que puede contraponer la violencia estatal, por eso prefiere integrar al intelectual que reprimirlo. Los medios de los que se vale para incorporarlo son diversos, van desde los directos, a través del desempeño de funciones burocráticas, o indirectos mediante premios y subvenciones. La meta es la de asimilar al intelectual o mantenerlo en un silencio cómplice. Para evitar que surja una crítica independiente, el Estado corrompe por múltiples medios y de manera sistemática al intelectual que comienza a sobresalir; por lo demás, no hay que olvidar que por su parte el intelectual se deja corromper.

Los pocos intelectuales de talento se ven condenados al aislamiento, la pobreza y, en última instancia, a ser reprimidos. El silencio que los rodea comienza a hacerse entre sus propios colegas, quienes censuran, sin confesarlo, la actitud crítica y sin compromisos del primero, pues esta posición es ya en sí misma una acusación contra su propio conformismo y oportunismo. Por fortuna, estos intelectuales independientes, aunque escasos, existen. El germen de un pensamiento independiente y crítico no ha desaparecido, pues todavía se pueden encontrar intelectuales íntegros y modestos que no han abdicado y que intentan hacer el análisis lúcido de nuestra realidad.

Conclusiones

Frente a los mecanismos de control, las tácticas de seducción, las mordazas reales o figuradas que el poder impone y que ocasionan el inte-

¹⁶ Eric J. Hobsbawn, *op. cit.*, p. 7.

lectual acepta de manera cobarde y cómplice, urge crear y fortalecer una corriente de pensamiento independiente, contestatario, disidente, capaz, teóricamente sólido, que sepa analizar y denunciar las lacras del poder que nos ahoga y corrompe, que sea un verdadero contrapoder al poder asfixiante del Estado, que denuncie los mecanismos a través de los cuales éste mantiene a la sociedad explotada y sometida, muda y embrutecida.

Evidentemente, su tarea debe comenzar por el enjuiciamiento crítico de la función del intelectual y de sus privilegios, a fin de volverse una crítica radical y sin compromisos con los poderes que oprimen y explotan.

Sólo la democracia puede permitir el espacio necesario a los intelectuales, a su pensamiento y a su palabra, que es necesaria no sólo la presencia de la política, entendida en su mejor sentido como derecho y obligación de todos de participar en la vida del país, en el quehacer de los intelectuales, sino también la presencia del pensamiento, la cultura y la sensibilidad artística en el quehacer político.

Hay para quienes el papel de los intelectuales y de los políticos son diametralmente diferentes, ya que mientras que los primeros tienen un compromiso con la verdad, los segundos lo tienen con la justificación. De ahí que Leszek Kolakowski afirme tajantemente que

los intelectuales no han sido llamados a gobernar el mundo. Su principal función es preservar la cultura intelectual humana y transmitirla como patrimonio común. En otras palabras, su tarea sólo tiene sentido a condición de que, pese a todos los enfrentamientos y conflictos, todos los seres humanos participen de una estructura intelectual esencialmente parecida y de que los conflictos internacionales, por numerosos que sean, no logren destruir la continuidad y la conexión entre las realizaciones del intelecto humano. Esta noción de una universalidad de la razón implica el concepto de unidad, distinto del concepto de validez, tal como se aplica a los valores, las instituciones, los mitos y las leyes morales.¹⁷

Toda sociedad moderna requiere de tres aspectos fundamentales:

¹⁷ Leszek Kolakowski, *Intelectuales contra intelecto*, España, Tusquets, 1986, p. 114.

administración pública racional, marco legal justo y gobierno eficiente que garantice un adecuado desarrollo educativo y propicie el desarrollo económico, todo ello apoyado por instituciones sólidas manejadas por personal calificado.

Son también esenciales para un Estado soberano: un sistema intelectual que contribuya a la modernización de la política y la economía, jugando con ello un papel importante las universidades, los centros de investigación científica, entidades académicas, publicaciones, bibliotecas y todas las producciones que tales instituciones generan.

Bibliografía

Baca Olamendi, Laura, *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México, Océano, 1998.

Bobbio, Norberto, *El filósofo y la política*, México, FCE, 1996.

Careaga, Gabriel, *Los intelectuales y la política en México*, México, Extemporáneos, 1974.

Cerroni, Umberto, "Los intelectuales, el Estado y esas cosas", en *Nexos*, número 53, México, mayo de 1982.

Chomsky, Noam *et al.*, *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos*, España, Ariel, tercera edición, 1974.

Coser A., Lewis, *Hombres de ideas*, México, FCE, 1973.

Hadushin, Charles, "¿Quiénes son los intelectuales norteamericanos de élite?", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 85, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, julio-septiembre de 1976.

Hobsbawn, Eric J., "Los intelectuales y la izquierda", en *Nexos*, núm. 71, México, noviembre de 1983.

Kolakowski, Leszek, *Intelectuales contra intelecto*, España, Tusquets, 1986.

Marsal, Juan F. *et al.*, *Los intelectuales políticos*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, cuarta edición, 1971.

Merton, Robert K., *Teoría y estructuras sociales*, México, FCE, segunda edición, 1980.

Mills, Wright C., *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1983.

Mosca, Gaetano, *La clase política*, México, FCE, 1984.

Said, Edward W., *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996.

Shils, Edward, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, México, DIMELISA, 1976.

Weber, Max, *El político y el científico*, México, Premia, cuarta edición, 1984.

_____, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, México, Premia, segunda edición, 1981.